





ANÓNIMOS



Carlos Goñi Apesteguía

ANÓNIMOS



Primera edición: abril de 2018

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Carlos Goñi Apesteguía

ISBN: 978-84-17362-36-2

ISBN digital: 978-84-17362-37-9

Depósito legal: M-7109-2018

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A Lucía, Lucas, Sofía e Isabel por darle sentido a todo.



Solo los muertos han visto el final de la guerra.

JORGE SANTAYANA



Capítulo 1

Julián hundió su cara en el fango con el que la lluvia de toda la tarde había alfombrado el campo. Aguantó hasta que se la respiración casi se extinguía y justo en ese preciso instante alzó la cabeza reprimiendo como pudo un jadeo delator. Apoyado en un talud observó cómo las nubes cubrían la luna llena. En aquella noche gélida, aquello fue lo primero que caldeó su corazón. La visión le llenó de esperanza de que esa oscuridad recién llegada ocultara de alguna manera su posición. Maldijo una y otra vez el cúmulo de cadenas causales, incluso el azar actúa como causa, que le habían llevado a aquella noche que se prometía sombría.

Él nunca había sido un hombre de acción. Más bien, disfrutaba rodeado de libros entre los que su pobre condición física resultaba eclipsada por su capacidad intelectual. Pasó un rato, hasta que recordó la petaca llena de coñac que había decidido guardar para una urgencia en el bolsillo de su guerrera parda. «Bien —pensó—, si aquello no era una urgencia no había merecido la pena haberla llevado». Bebió un trago, se detuvo y, pensándoselo mejor, inclinó el brazo hasta que dio la botella por finada. Una sensación agradable recorrió su cuerpo. Con el ánimo recompuesto y el cuerpo algo menos entumecido, decidió que era el momento de cambiar su posición. Desde que había encontrado aquel lugar, justo en el momento en el que la luna había comenzado a rielar tímidamente en el cielo, había permanecido inmóvil. En esta posición había esperado que una total oscuridad aumentara exponencialmente sus posibilidades de salir de allí. De aquello hacía más de tres horas.

Decidió, pues, que el momento había llegado. Apoyando su cuerpo sobre el fusil que tenía pegado al pecho, examinó la posibilidad de levantar su peso sobre él. De pronto, el frío contacto del metal de su máuser le indicó que aquella sensación de bienestar había sido un mero foga-

zo que apenas había afectado a la penosa situación de sus anquilosadas extremidades. La rigidez de los nudillos al apoyar su peso en ellos fue un pésimo indicador de que su cuerpo seguía en un estado deplorable. Era la consecuencia de haber estado expuesto al inclemente tiempo más horas de las que hubiera sido necesario. Pero era ya demasiado tarde. Los ánimos recuperados solo instantes antes y las ganas de escapar de aquel laberinto poblado de tipos dispuestos a convertir su frío en *rigor mortis* por la vía rápida, la del plomo y la pólvora, hizo que prosiguiera con su penoso movimiento.

La supervivencia era cuestión de paciencia, pensó, pero aquella espera podía llevarlo a la locura. Rogó a Dios que aquel no fuera un paso en falso. Apoyado sobre los nudillos de sus manos, que agarraban el único instrumento que podía darle alguna oportunidad en caso de ser descubierto, giró por completo su cuerpo. Ahora estaba todo él tendido con la cara mirando a un cielo inmisericorde que le había golpeado durante todo el día. Sin embargo, ahora, con su acción veladora, le proporcionaba una posibilidad, por remota que fuera, de no ser descubierto. Observó el vaho que salía de su boca y eso fue el último argumento, tan poco racional, para animarle a girar su tronco hasta que este quedara en un ángulo de noventa grados respecto de sus piernas. Tomó una última bocanada de aire, la más larga que había dado aquel día, en previsión de que toda energía era necesaria para ese movimiento tan aparentemente fútil. Había concentrado todas sus fuerzas en la parte abdominal cuando algo hizo que detuviera aquel movimiento sobre el que tan convencido estaba apenas unos segundos antes.

Aquel ruido de ramas rotas interrumpió el comienzo de su evasión, y había convertido su corazón en una máquina de traqueteos y palpitaciones. El efecto del coñac, que había hecho más mella en su ánimo que en su cuerpo, se evaporó de inmediato. El crujir de aquellas ramas no podía ser nada bueno. Repasó todas las posibilidades. Primero, aquello podía ser un fruto de su imaginación, demasiado alerta y por tanto susceptible de inventar peligros inexistentes. No en vano la lluvia que había caído hacía imposible que unas ramas partiéndose sonaran así. Segundo, cabía la posibilidad de que un animal, como tantos otros que merodeaban por los alrededores de la próxima localidad de Abádanos, hubiera producido aquel inquietante efecto. Sondeó todas las posibilidades, aunque en el

fondo era plenamente consciente de que trataba de usar la razón para engañarse.

Las cavilaciones se detuvieron cuando empezó a notar que, pese a estar en campo abierto, un olor bien conocido podía intuirse. Aquel aroma parecía bajar a la carrera desde lo alto del talud. No tardó mucho en averiguar que aquello era el olor del humo de tabaco, en concreto, de la misma marca que él gastaba cuando no andaba empeñado en jugar a hacer la guerra silenciosa. El ruido lo había producido, sin duda, el chasquear de una cerilla. No cabía duda: aquello había acabado. Estiró su cuello hacia arriba y, justo en el momento en que su cuerpo parecía que iba a comenzar a crujir sonoramente descubriendo su posición, la luna apareció furtiva entre las negras nubes que hasta hace poco habían sido aliadas. Se maldijo y maldijo su mala suerte. Pero, una vez más, estaba equivocado. La luz de la luna proyectó la imagen de un hombre tallado, tan contraria a la languidez escueta en centímetros propia del mismo Julián. El hombre se puso de cuclillas de manera que el tejido del traje caqui de aquel hombre se estiró hasta mostrar su corpulencia en todo su esplendor. La lumbre del cigarro, al que aquel tipo acababa de dar una generosa chupada, iluminó un gorro raído por la memoria de muchos días de marcha y el recuerdo de muchos episodios similares bien coronado por una estrella roja. Bajo aquél se veía la cara de un soldado republicano adusto y curtido. No; aquel no era el rostro de alguien que se mostrara magnánimo en la victoria, más bien era la representación imaginaria de un Caín deseoso de cumplir con su destino. Estaba perdido. Aquel republicano había llegado a su posición y pronto acabaría con todo aquello. Se ruborizó y se lamentó ante la alegría que aquello le producía.

El miliciano acercó al suelo la mano que un instante antes sostenía el cigarrillo. Parecía que quería oír sonidos lejanos con la palma de la misma. Por suerte, miraba al frente sin percatarse de que a apenas dos metros bajo sus pies se encontraba una presa de la que hubiera dado buena cuenta encantado de la vida. Julián pensó que Dios se ensañaba con él. ¿Por qué diantres no acababa con todo aquello? ¿No le estaría dando otra oportunidad?

«Qué jodidamente difícil es escrutar los designios divinos», pensó Julián mientras abrazaba con fuerza su máuser.

Ahí tenía la respuesta. Lo difícil de la voluntad divina era estar abierto a sus señales, filósofo. Tenía que atacar primero para tener alguna posibilidad de huir. Así pues, Julián decidió acabar con su divagación con la determinación de golpear primero.

Sin embargo, sus pensamientos debieron alzarse sonoros por el aire ya que el miliciano pareció que acababa de ser atravesado por un relámpago y se alzó enhiesto oteando la noche con su fusil. En estas estaba cuando, al dar un paso hacia el frente, trastabilló y se precipitó por el talud hasta dar con sus huesos en el suelo. Definitivamente, no había estado despistado, sino que en ningún momento había sido consciente de la orografía que rodeaba su posición. El coscorrón fue mayúsculo, pero según las estimaciones de Julián, sus efectos apenas sobrepasarían una buena contusión y la vergüenza soberana de quien tropieza sin mediar causa ajena. El cuerpo del miliciano, sin embargo, yacía inerte en la tierra. Solo se oían unos quejidos lastimeros al principio que fueron dando paso a gruñidos enfurecidos y culminaron en un buen muestrario de blasfemias castizas, algunas de increíble imaginación plástica, mas-culladas con furia. En aquel momento, Julián fue consciente de que el hombre estaba bien o, al menos, no herido de gravedad.

Así que se incorporó con rapidez. El dolor en las articulaciones que le había impedido escapar hacía un rato se había esfumado. La adrenalina liberada por la escena a la que acababa de asistir entre impertérrito y terriblemente asustado, no sabiendo si era víctima de un drama o simple espectador de una escena cómica, había expulsado los males que aquejaban justo antes todo su cuerpo. Tratar de bajar corriendo aquel talud solo podía llevar a imitar al pobre miliciano, y él, era consciente, no tendría la habilidad poética que su compatriota había mostrado para maldecir al cielo y la tierra. La mejor, y más rápida, manera de salvar el espacio inclinado era, sin duda, un salto que no revestía especial dificultad pero que se hacía incierto dado el estado de su cuerpo.

El miliciano empezó a incorporarse, ya recompuesto del terrible golpe, y Julián decidió que lo óptimo era abandonar aquellas peregrinas divagaciones. Dio un salto y quedó a apenas veinte o treinta centímetros de la espalda del enemigo, que ya se había incorporado sin levantarse del todo y empezaba a sacudir su aturdimiento con bruscos movimientos de cabeza. Sin embargo, el sonido de las botas militares de Julián golpeando

el suelo hizo que se sobresaltarse. Instintivamente, giró todo su cuerpo con el fusil hecho una extensión de su brazo derecho propinando, involuntariamente, un fuerte golpe en el mentón de Julián que giró ciento ochenta grados por la virulencia del choque metálico. Julián consiguió verle la cara y maldijo para sus adentros.

—Joder Rodrigo, ¿estás gilipollas o qué te pasa? —dijo Julián mientras se llevaba las manos a la mandíbula de la que desprendía un leve hilo de sangre.

—Ha sido sin querer, Julián... Ni sabía que eras tú ni quería golpear a quien fuera —repuso Rodrigo mientras ya incorporado totalmente se sacudía la suciedad de su traje militar al mismo tiempo que se aproximaba a ver el estado de la cara de Julián—. Bueno te quedará un morado chulo así podrás fardar con tus compañeros frikis de la universidad. Serás un ídolo.

El comentario socarrón de Rodrigo no debió de sentar muy bien a Julián que por un instante se olvidó de lo mucho que le dolía la mandíbula y le dirigió una mirada de odio absoluto. Aquella humillación solo podía ser contestada por otra humillación y lo cierto es que lo que habían vivido unos instantes antes le servía la oportunidad en bandeja de plata.

—No te preocupes por mí, sino por ti. Lo digo por la caída tonta que acabas de tener ¿Estás bien? ¿Te has roto algo? Coño, la verdad es que te hacía en mejor forma tío. Ya sabemos: yo los libros y tú la acción. No sé si esto será una especie de cambio cósmico, quizá ahora te conviertas en un erudito, en un interesado en algo más que las faldas y el dinero. Cosa que sería un milagro porque no has leído en tu vida ni un mísero libro en tu puñetera vida. Pero dado que yo estoy en mejor forma que tú, todo puede ser. O quizá estabas demasiado preocupado pensando en a quién te llevarás al catre esta noche. Quizá eso te vuelve medio idiota. Los hombres que piensan más cerca de la pernera que del gorro no están muy hechos para la guerra, bueno en realidad para nada en general.

Un destello de furia relampagueó en los ojos de aquellos dos individuos que, ataviados como estaban, parecía que no tardarían en degollar-se al menor movimiento. Las furias personales y las miserias humanas, que habían encontrado libre vía de expresión en la Guerra Civil española se reproducían más de setenta años después. Las rencillas entre Rodrigo

y Julián tenían nombre de familia patricia romana, cabellos rubios y una figura que inundaba voluptuosamente el lugar en el que hiciera acto de presencia. Era la encarnación de la sensualidad más visceral.

La lucha por Claudia había sido, dos años antes, el factor desencadenante que hizo palpable una tensión larvada al calor de dos temperamentos fuertes, pero de distinta naturaleza. Julián era doctorando en la Universidad Complutense. De carácter tímido, inseguro y taciturno escondía, sin embargo, en lo más profundo de su ser una violencia visceral que rara vez se hacía explícita. Dedicaba sus días a trabajar en la universidad en su tesis doctoral sobre la Guerra Civil teniendo el mínimo contacto con sus compañeros de departamento. Llegaba, se sentaba en silencio y leía y trabajaba durante horas. «No he venido aquí a hacer amigos» —solía decir cuando alguien le increpaba por ello. Era conocido como *El Joven Stajánov* por su capacidad infinita de trabajo, siempre rodeado de olor a tabaco y café. La mayoría de los miembros de la universidad, no obstante, lo admiraba o lo utilizaba, dependiendo de cada caso, por su carácter solícito a hacerse sumisamente titular de todos los encargos que otros despreciaban. No se conocían a El Joven Stajánov una queja por una sustitución avisada sin el tiempo suficiente para prepararla, ni un mal gesto ante la orden de hacerse cargo del trabajo administrativo más engorroso, ni una mueca a la negativa a una ampliación de fondos económicos para su investigación que ya había sido más productiva que la de cualquiera de sus compañeros. Despreciaba a quienes se quejaban de la cantidad de trabajo, así como aquella *bohème* «alternativa» que bajo los cristales de gafas de pasta, pelos cuidadosamente alborotados y pantalones desgastados de fábrica se había instalado entre sus compañeros doctorandos de departamento. Todo aquello le parecía no solo de un burgués absolutamente diletante e impostado, sino que se le antojaba como una total *contradictio in terminis*. A fuerza de ser alternativos se habían convertido en totalmente uniformes o, como a ellos les gustaba decir, *mainstream*. La estulticia hecha estética fingidamente contestataria. Tampoco comprendía, por otra parte, la parafernalia formal de la vieja gerontocracia académica, más ocupada en la ostentación de un pasado glorioso que del trabajo actual. Sin embargo, debía de reconocer que, entre sus formalismos y códigos casposos, que trazaban una línea metafísica de distancia jerárquica, se sentía más cómodo.

Las reproducciones históricas, como aquella en la que se encontraban, se habían convertido, por herencia paterna, en un pasatiempo que le permitía salir de aquel ambiente tan asfixiante. De cuando en cuando cargaba en su viejo Megane el equipo, viajaba al punto acordado y se enfundaba su guerrera y todos los complementos que había conseguido a buen precio gracias a pesquisas familiares. De esta guisa disfrutaba metiéndose en el papel de aquellos españoles que por decisión propia o ajena vivieron tantas noches con el estómago vacío y el sabor de la muerte en sus papilas gustativas. Todo ese ambiente creado le introducía en un universo, el del enfrentamiento con la muerte, que juzgaba más real que las actitudes postizas, de nuevo o viejo cuño, con las que convivía a diario. Curiosamente, el propio Julián lo había pensado en no pocas ocasiones, lo ficticio era infinitamente más real que la realidad misma.

«Postmoderno de mierda» —se insultaba a sí mismo cuando se percataba de este hecho. No podía evitarlo.

Por su parte, Rodrigo era un individuo totalmente seguro de sí mismo que no dudaba en considerar y hacer visibles su desprecio por las opiniones de otros. Alentado por las enseñanzas de la escuela de negocios en la que había estudiado no había dudado de que los fines, en este caso su éxito personal, hacía insignificante la valoración moral de cualquier medio. A sus 27 años era lo que la gente hubiera considerado un triunfador. Después de la carrera y el máster, empezó a trabajar para un gigante de las auditorías, una de esas firmas por los que todos hubieran matado por entrar. Ya desde el inicio su salario hubiera resultado estratosférico para cualquier persona de su edad. La búsqueda del éxito económico era la que había guiado todos sus movimientos posteriores. Aunque en las raras veces que se planteaba algo más allá de la ganancia monetaria, Rodrigo había pensado que el poder y el reconocimiento social tenían también su elemento adictivo. Ascendió rápido, más rápido que los demás, en el escalafón de la empresa y ya varios socios lo señalaban como uno de los activos más importantes para el futuro.

Su carrera meteórica se había labrado a base de mucho esfuerzo y de acciones de una moralidad cuando menos dudosa. Como aquella ocasión en que había salido con una chica solo por obtener una información útil para su carrera. Aquella muchacha era becaria de una gran empresa multinacional que, por cuestiones diversas, interesaba

a Rodrigo para medrar personalmente. Se trataba de una joven llena de candidez que todavía no conocía el ambiente turbio, de falsedad y traición en el que había empezado a moverse y que había idealizado durante la universidad.

El problema es que ella se enamoró perdidamente de él porque, incluso Julián lo reconocía, tenía buena planta y sus facciones eran más que agraciadas. El resto lo ponía su aire de ganador, su seguridad infinita y el magnetismo con el que se adueñaba de cualquiera que orbitara a su alrededor. Esto ocurría, incluso, con sus superiores jerárquicos con los que no tardaba mucho en acabar tomando *whisky* después del trabajo y siendo invitado a sórdidas fiestas con las que los de su escalafón solo podían soñar. El caso es que aquella chica se había obsesionado con él. En esta ocasión hasta tal punto que, una vez que Rodrigo obtuvo lo que quiso y le dio la patada, casi acabaron en denuncia por acoso. Ella lo llamaba, lo buscaba y esperaba a que saliera del trabajo aun empapada por la lluvia madrileña. La última noticia que tuvo Julián de esa chica, a través de amigos comunes, es que sobrevivía a base de antidepresivos. Pero Rodrigo había conseguido lo que quería y los daños colaterales como ese le parecieron asumibles.

Allí estaban, por tanto, frente a frente aquellos individuos que no hubieran dudado en propinarse unos buenos mamporros al menor gesto de desafío cuando por suerte apareció Miguel para romper la tensión del momento y evitar que la cosa fuera a más.

—Venga chavales que la cosa ha terminado. Están todos recogidos ya en la casa y celebrando que todo ha ido de lujo —cuando se dio cuenta del estado de la ropa de Julián y Rodrigo, ajada y sucia, pensó automáticamente que allí había tenido lugar una buena trifulca. No ignoraba la que se había liado dos años antes y que a punto había estado de acabar con los dos hermanos expulsados de la asociación—. Espero que no haya habido jaleo aquí. Ya sabéis a que os exponéis. Joder con la de tías que hay por ahí y que estéis así por Claudia. Dejad de hacer el idiota.

El nombre de Claudia reavivó la ira de las miradas de ambos que no habían dejado de sostenerse pese a la aparición de aquel intruso en su pequeña escena. Miguel entendió aquello a la perfección y emprendió el camino de vuelta en completo silencio mientras comprobaba de reojo que ambos le seguían.

Al entornar la puerta del caserón un golpe de agradable calor entonó sus cuerpos. Pasaron a un amplio salón de decoración rústica iluminado por una luz amarillenta que se antojaba tan de época como la vestimenta de todos los allí presentes. Había varios hombres que charlaban apoyados en una chimenea ataviados con trajes de legionario verde aceituna. En el otro extremo dos enfermeras militares charlaban con un comisario político republicano que, pese al calor, seguía vistiendo su cazadora negra. Varios grupos se arremolinaban en torno a vasos de *whisky* mientras fumaban profusamente lo que convertía aquella escena en más arcaica si cabe. Comentaban la jornada de recreación con animado jolgorio. El ambiente estaba cargado de un optimismo casi pueril.

—Rodrigo, Miguel y Julián venid aquí —gritó desde el otro lado un teniente del Ejército Popular mientras sostenía una botella de Chivas con una sonrisa de complicidad. Cuando llegaron a la mesa, que el teniente había ido desalojando para dejarles sitio, los cuatro se sentaron—. Sabéis lo último, ¿no? Vaya puntazo.

Miguel se percató de que Julián y Rodrigo seguían rumiando sus odios cainitas, pero pensó que probablemente hablar de otra cosa era un buen medio de que fueran abandonando esta actitud progresivamente. Así que decidió ponerles sobre aviso acerca del porqué de aquel optimismo general que había desembocado en un derroche festivo superior al de otras ocasiones.

—La asociación ha recibido una invitación para realizar un trabajo. Resulta que una productora quiere grabar un documental sobre la caída de Bilbao. Han oído hablar de nosotros y quieren que dramaticemos algunas escenas. Ya sabéis, no tienen imágenes originales y quieren algo fresco pero que sea original, lo de siempre —Miguel ocultaba la ilusión infantil que todo aquello le producía bajo un lenguaje despreocupado y casi despectivo, casi como si le molestara tener que grabar aquel documental que en el fondo se moría por hacer—. El caso es que está todo el mundo como loco. Se dice que, en un par de semanas, un mes como mucho, convocaremos un entrenamiento en los alrededores de la ciudad. Sé de buena tinta que vamos a grabar escenas de la destrucción del Cinturón de Hierro. Nos llevarán donde haya algún sitio en el que haya algunas ruinas del cinturón en buen estado y allí acondicionaremos y montaremos todo el tinglado. He oído algo de Archanda o qué se yo,

que con esos nombres vascos yo no me aclaró... Algo más entenderéis vosotros, ¿no? —dijo al tiempo que soltaba una sonora carcajada en dirección a Julián y Rodrigo.

—Nosotros somos navarros, imbécil —dijo el mayor de los hermanos Mañeru, Rodrigo, que había vaciado de un trago su primer *whisky* y ya llevaba el segundo a buen ritmo.

Julián juzgó aquella respuesta, que por otro lado compartía, excesivamente dura y falta de respeto hacia Miguel, en quien había adivinado tanto la ilusión por todo aquello como la voluntad de suavizar el encontronazo con su hermano. Trató de cruzar una mirada con Miguel intentando mostrarle la suavidad de la que su hermano había carecido, pero él ya tenía la vista fija en el fondo de su vaso. Miguel era de los más veteranos miembros de la asociación de recreación histórica. Sin embargo, se caracterizaba por tener una fobia al rechazo social que lo convertía en una figura de un patetismo que a Julián le generaba una gran ternura.

Rodrigo se sirvió su tercer *whisky*. Sus ojos empezaban a mostrar un aspecto vidrioso y el jugueteo con el mechero, entrecruzándolo en sus dedos, era cada vez más torpe y lento. Sin duda, aquello iba a terminar en una buena borrachera. Estuvo así pensativo unos segundos hasta que decidió encenderse un cigarro y reanudar la conversación.

—Bueno hermanito —dijo mientras palmeada con fuerza en el hombro derecho de Julián. Definitivamente la bebida había enterrado cualquier atisbo de la trifulca anterior—, tú y yo tenemos fácil lo del uniforme. No sé si sabéis —inquirió mientras apuntaba con su dedo a Miguel y al teniente del Ejército Popular que no había abierto la boca—, que mi hermanito y yo somos nietos de un requeté que luchó, precisamente, por entrar en Bilbao. El abuelo Agustín debía tener dos cojones como dos soles, aunque nosotros solo conocimos su mala leche de abuelo. Bueno, mala leche conmigo, porque aquí con el señorito se llevaba a las mil maravillas. El caso es que mi abuelo guardó un montón de mierda de la guerra. Lo más importante son los uniformes y un par de armas por culpa de las cuales me gané un par de buenas collejas en mi niñez —Rodrigo hablaba ahora con el tono del niño malo que siempre ha deseado ser el favorito de quienes le rodeaban—. De vez en cuando yo me colaba en su despacho y jugueteaba con aquellas armas. Al abuelo no le hacía ni puñetera gracia. Cuando nuestro padre cumplió

treinta años decidió que ya era hora de que aquel legado fuera suyo. Así que le regaló todo. Nuestro padre heredó dos uniformes completos de requeté auténticos, insignias, detente-balas bordados y las armas. Todo se lo dejó a nuestro padre. Ahí es cuando empezó a interesarse por la historia y a ir a las primeras reuniones de recreación histórica. De eso a fundar esta nuestra querida asociación no hubo nada. Gracias a eso, mi hermanito Julián y yo nos vemos de vez en cuando. Si no fuera por esto, no nos veríamos ni en *Facebook*. Así que —alzó la copa hacia sus tres compañeros al tiempo que elevaba la voz más de lo adecuado—, ¡viva la toma de Bilbao!

Desde toda la habitación sonaron vivas y aplausos que contestaban a aquel alarde, quizá el único que se había producido en grupo, ignorantes de que aquel grito no respondía exactamente a los mismos motivos. Julián no quería ahogar el entusiasmo de su hermano, pero tenía que puntualizar la historia que acababa de relatar. Lo hacía sobre todo por él mismo ya que aquella historia siempre le había producido una intriga brutal que su tímido carácter le había impedido satisfacer. Al mismo tiempo, siempre había mantenido una relación de admiración hacia su abuelo. Esta relación le había permitido observar que la donación descrita por Rodrigo no había sido un mero legado sino el fin de una expiación. Daba la sensación de que la reticencia a hablar de sus años en el frente y la manera en que regaló aquellos preciosos objetos a su hijo, por correo y sin querer coger el teléfono para recibir los agradecimientos entusiastas, era la certificación del cumplimiento de una penitencia que Julián entreveía parcial.

—En realidad no le dio todo —afirmó tajante.

—Joder ya estás con esa mierda otra vez. Eso no eran más que cuentos de la abuela Felisa cuando ya estaba gagá. Estaba tan ocupada en sus misas y toda su nostalgia que había perdido la cabeza por completo.

—Como decía —continuó Julián ignorando las palabras de Rodrigo y dirigiéndose hacia Miguel y el teniente del Ejército Popular quienes, ajenos a los exabruptos de Rodrigo, escuchaban con atención la historia que Julián parecía a punto de contarles—, mi abuela Felisa, en sus últimos años de vida, hablaba de una serie de cajas de documentos que decía que eran la gran obra de mi abuelo en el frente. Siempre comentaba el heroísmo del abuelo Agustín y de lo mucho que él solito había cambiado la historia de

España. «Franco no hubiera tenido nada que hacer si no es por vuestro abuelo», solía decir, obviamente exagerando. Lo hacía cuando este no estaba. Él nunca hubiera dejado que alguien hablara de su participación en la guerra. Simplemente, era una época en blanco en su vida —paró un momento para dar un trago de su vaso, al tiempo que paladeaba el tener a dos interlocutores completamente entregados a sus palabras—. Mi padre y yo hemos buscado esos documentos en todos los sitios. Hemos puesto patas arriba la casa de mi abuelo en Madrid y la que todavía tiene en Pamplona. La última vez que revisamos esta fue en los Sanfermines pasados. Pedirle las llaves para ir de fiestas era la única manera de que el abuelo nos dejara ir sin levantar sus sospechas. Sin embargo, ha sido absolutamente imposible. Hubo una época en la que nos dio realmente fuerte con esto, y llegamos a escribir cartas a antiguos compañeros de armas de mi abuelo de los que habíamos oído el nombre y que habíamos rastreado en todos los libros de historia del Carlismo que pudimos conseguir. Sin embargo, todos aquellos esfuerzos, todas aquellas gestiones, cayeron en saco roto y salvo nuevas menciones vagas sobre el heroísmo del abuelo no sacamos nada en claro. Por paradójico que parezca, creo que mi hermano tiene razón. Aquello no debían de ser más que imaginaciones de mi abuela y las referencias de unos cuantos ancianos dados a idealizar la guerra.

Los interlocutores quedaron en un silencio decepcionado. Habían esperado una gran historia en la que Julián y su padre encontraban aquellos documentos a la que siguiera un relato de un episodio apasionante y desconocido de la Guerra Civil. Un relato donde su abuelo protagonizaba grandes gestas y que tanto hubiera calado entre tragos y tabaco. Sin embargo, no habían oído más que una ensoñación de un padre y su hijo. Intuían que, probablemente, habían hallado en ese proyecto común una manera de tener una relación estrecha y de decirse todo aquello que o no estaban dispuestos o no eran capaces de verbalizar con palabras. Sin embargo, ocultaron su decepción educadamente y prosiguieron con detalles, igualmente ficticios, de cómo habría de ser la grabación del documental. Rodrigo, por su parte, había entrado en un estado de ataraxia alcohólica que parecía preceder a una somnolencia que a buen seguro desembocaría, en breve, en un profundo sueño.

En estas estaban, cuando Julián vio aparecer a su padre al fondo de la sala. Iba acompañado por Rafael, quizá el mejor amigo que tenía

en aquella familia que era para él la asociación. Rafael le rodeaba los hombros con su brazo derecho en un gesto de camaradería. Caminaba lentamente y parecía un poco aturdido. La actitud del amigo y el semblante de su padre invitaron a pensar en un exceso alcohólico que, a diferencia del sueño inducido de Rodrigo, había eclosionado en una explosión de fraternidad desmedida. Su padre levantó la mirada y oteó la sala en busca de sus hijos. En este gesto Julián entrevió una tristeza inusitada, exagerada incluso si se tenía en cuenta como posible variable la embriaguez. Cuando por fin se cruzaron las miradas su padre alargó el brazo y con dos dedos de su mano derecho le indicó que se acercara. En ese momento, Rafael deshizo el abrazo y se retiró discretamente. Julián sopeso la posibilidad de avisar del gesto a Rodrigo, pero este dormitaba con la cabeza apoyada en su propio pecho mientras el teniente y Miguel continuaban su perorata sobre los preparativos necesarios para el documental. Así que se levantó en dirección hacia el otro extremo del salón. Cuando apenas estaba a un paso de su padre este se dio media vuelta y comenzó a caminar hacia una de las salas rústicas que colindaban con el salón. Julián cruzó la puerta y la cerró tras de sí. Su padre había tomado ya asiento en uno de los sofás y esperaba a que su hijo hiciera lo mismo.

—Julián, el abuelo está mal, muy mal —le espetó en la cara de sopetón sin que mediara ningún aderezo previo para suavizar la noticia. En este momento, Julián notó como su padre tenía los ojos irritados y rojos, signo inequívoco de haber llorado profusamente—. Creen que no pasará de mañana... Quizá, con suerte, llegué a pasado mañana.

Julián recibió aquella noticia como un aldabonazo, como una descarga de artillería, una metáfora tan apropiada para aquel fingido ambiente bélico. Sopesó qué decir para aliviar el trance en el que se encontraba su padre. Pensó qué palabras podrían restar la angustia que, sin duda, estaba derrotando a su padre. Y, justo en ese instante, se dio cuenta de que la angustia era compartida. Su abuelo había sido siempre un referente para él y podía relatar toda su infancia y gran parte de su adolescencia y juventud a través de episodios junto a su abuelo aparentemente anodinos, pero tan sustantivos para él. En ese preciso instante empezó a llorar de una manera patéticamente infantil. Apoyó sus codos en las rodillas y con sus manos sujetó su cabeza. Su padre, sobreponiéndose a su propio dolor, acarició el pelo de su hijo, pensando que al fin y al cabo no era

más que un niño, su niño. Sin embargo, su voz no denotaba ninguna ternura, más bien sonó marcial y hasta desprovista de cualquier tono sentimental.

—Coge tus cosas, haz que tu hermano esté presentable y en media hora salimos de aquí. Hay que procurar estar cuanto antes en el hospital. A mí me gustaría despedirme de él. Supongo que a ti también. En marcha.

Aquello no era un intento de tranquilizarle, aquello era una orden. Julián secó sus lágrimas con el dorso de su antebrazo, asintió con su cabeza y salió de la sala dispuesto a cumplir el mandato de su padre. En tres horas estarían, de nuevo, en Madrid frente a una de las personas que más quería y que estaba a las puertas de la muerte. Sopesó las palabras que le diría, como le transmitiría su admiración al tiempo que trataba de que su abuelo viviera sus últimas horas con la mayor felicidad posible y se dijo que él no valía para aquellas cosas.

Capítulo 2

Aquel día caminaba con un andar cansino, asfixiado por el peso del material que debía cargar. Esa misma mañana habíamos salido en camiones de San Sebastián hasta Zumaya. No teníamos muy clara cuál era nuestra misión concreta y esa era una de las experiencias más vívidas que estábamos adquiriendo de lo que era la guerra. Pocas veces uno es consciente del papel concreto que le está tocando desempeñar en un escenario más amplio e incontrolable. Teníamos que reconstruir con nuestra imaginación y los fragmentos de información que lográbamos obtener como iban las cosas. Lejos habían quedado los días en los que pensábamos que íbamos a una excursión militar, que en un par de meses a lo sumo estaríamos en nuestras casas. El rodillo de la guerra había comprometido nuestras existencias y ya iba para un año nuestra condición de soldados. Había prácticamente cambiado nuestra identidad.

El viento que bajaba de las montañas lejos de aliviar el calor inundaba el ambiente de una tórrida humedad que azotaba a los cerca de quinientos hombres que conformábamos aquella columna. Llevábamos más de tres horas marchando sin parar y el cansancio comenzaba a hacer mella en la moral de la tropa. Fermín, un muchacho de Villava tan bruto como hábil para las arengas sencillas pero efectivas, se sobrepuso a los resoplidos que daba mientras caminaba y entonó:

—Si nos preguntan: «¡alto! ¿Quién vive?».

Inmediatamente todas nuestras voces se alzaron al unísono en aquella tierra verde y hostilmente familiar y cantamos con una misma voz llena de entusiasmo, sin ningún atisbo de actitud mecánica:

*...Responderemos en alta voz
¡Los voluntarios del rey Don Carlos!*

*¡Vivan sus fueros y religión!
Nobles Carlistas del alma mía,
Miedo a las balas no hay que tener.
Miedo a las balas no hay que tener,
Defendiendo la bandera
De Dios, la Patria y el Rey.*

Aquel himno no era solo la bravuconada de quien demuestra a su cuerpo que el espíritu está por encima y puede entonar y cantar a las grandes ideas pese a que falte el resuello. Era más bien, o al menos así resultó en la mayoría de nosotros, un recordatorio de los porqués de todo aquel sufrimiento. Nuestra columna no era solo una parte de una maquinaria bélica que excedía los límites de aquella guerra, éramos los herederos de toda una tradición. Sobre nosotros descansaba la defensa de una visión del mundo a la que no podíamos renunciar y que era intemporal. Nosotros no luchábamos, meramente, por un aspecto coyuntural, como muchos miembros del ejército. Tampoco éramos los adalides de un nuevo orden que alboreaba desde Berlín a Roma y pretendía extender su eje a Madrid. Nuestros padres habían luchado, nuestros abuelos lo habían hecho y nosotros ahora recogíamos gustosos ese legado.

Era cierto que nuestra tradición no era una tradición de victoria precisamente. Se había forjado al calor de grandes decepciones, de pequeñas victorias y aplastantes derrotas, de cruces de los Pirineos, de vueltas a la casa familiar con el frío como compañero del cuerpo y la decepción inscrita en el corazón.

También es cierto que no todos formábamos parte de aquello de la misma manera. Los había que pertenecían a un extenso linaje de lucha con la boina roja por lo que creíamos era el verdadero ser de España, por valores inmortales que habían sido asumidos por nuestras familias varias generaciones antes y que ahora nosotros recogíamos con alegría y sin escatimar esfuerzos. También estaban los que sin una herencia tan marcada habían ido madurando su adhesión a la causa carlista. Los que a causa de amistades o de la convicción de que solo el Carlismo podía imponer una visión razonable y trascendente de la vida española se habían unido a la causa. En este grupo se encontraban personas que no sentían identificación alguna con el Carlismo histórico pero que habían

visto en este movimiento el bastión del que defenderse de los excesos de la República. Había, por último, un grupo de aquellos que se habían incorporado al calor del entusiasmo subsiguiente al alzamiento del ejército de Marruecos. Aventureros o, simplemente, gente que, a falta de claras convicciones políticas, mejor dicho, a falta de conciencia de pertenencia a alguna de las siglas en liza, había optado por formar parte de aquella marea que inundó en los días siguientes al pronunciamiento militar la Plaza del Castillo de Pamplona.

Yo pertenecía, sin duda, al primer grupo. Mi padre no había combatido por lógicas razones de edad, aunque siempre había estado enrolado en alguno de los niveles organizativos del Carlismo. Mi abuelo, en cambio, había tomado parte en una de las partidas que en 1872 habían vagado con más pena que gloria por Navarra y las vascongadas hasta que la victoria en Eraul había ido conformando su organización militar. Alguna vez me relató cómo el pretendiente había cruzado la frontera entre el entusiasmo de sus tropas. Aquella vuelta, tal y como la había oído de labios de mi abuelo, tenía algo de quijotesco, como tantas cosas en el Carlismo. Había una especie de veneración por el significado de las acciones, más allá de sus probabilidades de éxito, y una voluntad de empresas imposibles como si formaran parte de un destino irrenunciable. Tenía más antecedentes carlistas en la familia, pero no había podido oír sus relatos de primera mano y nunca había hecho demasiado por desempolvar esos recuerdos. Mi familia era carlista de toda la vida y eso es todo lo que me hacía falta saber.

Por mí parte, había recibido mi situación en este linaje de combatientes como algo que conformaba mi existencia fuera del alcance de mi voluntad. No obstante, había abrazado con alegría aquel legado. Creía profundamente que la verdad estaba de nuestra parte y que la victoria era algo querido por Dios y, por tanto, inevitable. Las derrotas no habían sido más que un elemento de fortalecimiento, golpes de mano que habían mostrado la necesidad de organizarnos mejor para la lucha. Así es, como justo antes de la llegada de la República me había incorporado al Requeté. Compaginaba mi trabajo en la librería de mi padre, innumerables horas leyendo todo lo que pasaba por mis manos, con la actividad política.

Llegué en un momento de actividad febril en el sentido de que todo el mundo, bajo el mandato imperativo de don Jaime I y de don Alfonso

Carlos después, había asumido que el futuro del Carlismo solo podía volver a pasar por las armas. Desde que acabará la Tercera Guerra Carlista, ese era el discurso habitual. Habían aparecido nuevos y más organizados enemigos de España y la religión y había que combatirlos. Y esto solo se podía hacer con mayor organización y sacrificio. La acción política se había mostrado estéril y la llegada de la República no era más que una profundización en los males de nuestro país. No se podía contestar desde dentro del sistema pues el sistema era intrínsecamente malo.

Al principio, las acciones que llevábamos a cabo dentro de aquel Requeté eran bastante básicas. Nos dedicábamos a hacer labores de defensa y vigilancia de edificios religiosos y de círculos carlistas. Compusimos grupos de diez personas que se iban entrenando de una manera que con el tiempo se mostraría escasamente profesional. No éramos en realidad un cuerpo de combatientes sino más bien una especie de aparato de seguridad. Ahora bien, eso no quitaba para que a nuestros ojos resultara una manera de combatir. En no pocas ocasiones mi decuria tuvo que enfrentarse con poco más que los puños y algún que otro listón de madera a saboteadores socialistas y republicanos para los que, evidentemente, el círculo carlista era una perita en dulce. Aquello, sin embargo, era prácticamente una pelea de barrio o una algarada juvenil. Conforme se iban confirmando todos los temores sobre el mal que representaba la República y como aquella no era más que un instrumento para el avance del marxismo en España las cosas habían ido cambiando. Las decurias y su carácter autónomo desaparecieron y nos organizamos en patrullas compuestas por cinco hombres que, a través de un sistema jerárquico, ahora sí puramente militar, desembocaban en el Tercio, que se componía de unos dos mil combatientes. Ahora estábamos más organizados y formábamos parte coordinada de algo mayor. Pero no solo se transformó la nomenclatura y composición de las distintas unidades también nuestras labores cambiaron de manera clara. Empezamos a recibir un adiestramiento militar más marcado a cargo de auténticos profesionales. Recibíamos formación militar en los bajos del Círculo carlista de Pamplona que había pasado a ser una especie de cuartel improvisado. Constituimos grupos de «montañeros» con los que hacíamos marchas a través del monte y aprendíamos a orientarnos y demás parafernalia bélica. Eso también había cambiado, ahora contábamos con armas que

utilizábamos esporádicamente en prácticas y que guardábamos en el Círculo. Así aprendimos a desfilar, a orientarnos en el monte, a cargar un arma, a limpiarla y a disparar.

Nos preparábamos para lo inevitable, una nueva confrontación carlista. Para cuando se sublevó el Ejército de Marruecos estábamos perfectamente preparados para luchar. Teníamos las armas y éramos las tropas más entrenadas con las que había contado el Carlismo en sus cien años de historia. Por eso las paradas militares que inundaron la Plaza del Castillo el 18 de julio no tenían nada de espontáneo. Nosotros no teníamos nada de espontáneo. Habíamos estado varios años ejercitándonos para luchar con la única exigencia hacia los mandos de que, efectivamente, lo haríamos, de que nos darían la oportunidad. Por eso, muchos habíamos abrazado aquel día a Jaime del Burgo, para nosotros toda una institución, cuando nos lo cruzábamos por la calle y le decíamos: «por fin, Jaime, por fin». Por eso, habíamos prendido rápidamente a aquel socialista, Félix Goñi recuerdo que se llamaba, que al paso del General Mola había osado gritar vivas a la República. Estábamos exultantes y deseosos de comenzar con todo aquello. Poco nos importaba que la insurrección no fuera un asunto meramente carlista. Nuestra sangre y sacrificio pronto nos convertiría en los legítimos líderes de todo aquello. Nos habíamos educado al calor de la idea de luchar por los ideales del Carlismo y habíamos llegado a creer en aquellos momentos que la Falange, el ejército, los alfonsinos y todos aquellos que apoyaban el alzamiento habían llegado a comprender que el nosotros teníamos la razón.

Habían pasado varios meses de aquel glorioso día en el que, sin haber luchado, habíamos sido despedidos como héroes homéricos que se dirigen a cumplir con un épico destino del que, escrito está, saldríamos victoriosos. Durante los últimos meses, sin embargo, dos habían sido las ideas que habíamos extraído de la guerra. Una, que es tediosa, y que pese a ser incómoda no es tan diferente de la paz. Comíamos, bebíamos, jugábamos a las cartas y algunos hasta organizamos un grupo de lectura. La otra idea que habíamos forjado en nuestro interior es que ganaríamos fácilmente la guerra. Nuestros avances habían sido victoriosos y nuestros enfrentamientos se habían circunscrito a pequeños escenarios que habíamos conseguido hacer nuestros con muy pocas bajas.

Una voz ordenó el alto. Nos disponíamos a comer. Nos deshicimos de los pesados fardos y sacamos algunas provisiones:

—Agustín, tienta —me dijo Felipe mientras me pasaba una bota de vino.

Di un largo trago a aquel vino y lo pasé al siguiente.

—¿Cuándo creéis que nos mandarán hacia Madrid? Nunca he estado, pero me han dicho que es bonito de ver.

—No lo sé, Felipe, pero todavía queda mucho norte por conquistar, ¿no crees? Fíjate, todavía tenemos que tomar Bilbao, Cantabria, Asturias... Y los mineros asturianos no serán fáciles de derrotar. Piensa que están organizados y cuentan con dinamita de las minas y, seguramente, buen armamento ¿Qué opina el padre Erdozain? —dije dirigiéndome al cura que nos hacía de capellán de campaña.

—A mí lo que me parece que nos va a dar más problemas es Bilbao. Es una ciudad grande, con recursos, abierta al mar y he oído que están organizando un sistema de defensa que es impenetrable. Cuentan con industria pesada y pueden aguantar mucho tiempo. Si esa línea de defensa que han construido es como dicen será un combate encarnizado.

—¡Exacto! —contesté—. Tiene usted razón. En la Gran Guerra, he leído, hubo una línea de defensa de ese estilo: la Línea Maginot. Los ejércitos chocaban frontalmente contra las líneas de trincheras y casamatas bien armadas. Oleadas y oleadas de soldados eran masacrados frente a estas líneas. De hecho, dicen que había soldados que se volvían locos por estar horas ametrallando cientos y cientos de enemigos.

—Ya está el leído —dijo Fermín mientras lanzaba un pedazo de queso—. Lo nuestro son balas carlistas, traspasarán cualquier parapeto. Si hasta ahora no ha habido quién nos pare, ¿lo va a conseguir una trinchera mal hecha? Antes de que acabe el año estaremos echando un chiquito en Bilbao, verás tú. Ya cayó San Sebastián, ¿no? Pues eso.

Fermín era un buen muchacho, prácticamente inmune al desaliento. Parecía que todo aquello le divertía. El resto, sin embargo, nos imaginábamos un muro infranqueable en el que chocaríamos una y otra vez. Bilbao era para nosotros, por historia, una ciudad imposible, un anhelo que había costado demasiado y eso pesaba en todos. Bilbao era la tumba del Carlismo una sombra que pesaba en nuestras conciencias pese a nuestra continua sensación de ser indestructibles.

Nos sumimos en el silencio. Yo me levanté para observar el panorama que se abría a nuestro alrededor. Verdes montes en cuyas cimas empezaban a asomar nubarrones que comenzaban a bajar por las laderas con las inconfundibles cortinas de la lluvia vista a distancia. El espectáculo me era familiar.

Por fin, llegaron órdenes concretas de lo que debíamos hacer. Un teniente se acercó a nosotros y nos informó:

—Traigo órdenes. Vamos a avanzar todos hasta los alrededores de Deva. Durante los últimos días, los rojos han estado bombardeando continuamente el pueblo. Hay posibilidades de que intenten un desembarco por esa zona. Una sección será destinada a la Playa de la Zaconeta y varias secciones irán a la de Iciar. Las órdenes son tomar posiciones y evitar a toda costa que el enemigo desembarque. Estad atentos porque la zona está infestada de patrullas de *gudariak*.

—Mi teniente, ¿qué se sabe de la defensa que se está organizando en Bilbao? Se oyen cosas —Fermín se adelantó al pensamiento de todos.

El teniente miró de arriba abajo a aquel muchacho cuya espontaneidad probablemente rompiera la idea que él tenía de la obediencia castrense. Ante el desacato el militar, respondió con un lacónico y tenso silencio. Giró sobre sus talones y fue a avisar a otros pelotones que, dispersos sobre la ladera del monte, terminaban sus alimentos.

Nos pusimos en marcha mientras entonábamos viejas canciones. Tres horas después llegamos a Deva, donde fuimos acogidos con un entusiasmo muy moderado. Era curioso ver cómo los bombardeos, por encima de los daños físicos, producían un efecto moral devastador en las poblaciones. Los habitantes tenían miedo y lo único que deseaban era que el frente, que la guerra, se alejara de ellos. Temían las represalias de las tropas que habían conquistado la población y, sin embargo, se alegraban de que fueran nuestras, es decir, carlistas. La población temía a los falangistas e incluso a los militares y recelaban de sus reacciones, sin embargo, encontraban cierta comodidad cuando veían las boinas carlistas. Probablemente, ayudaba el hecho de que muchos de los nuestros no solo hablaran en su lengua, sino que, en no pocos casos, tenían familiares en la población.

Así ocurría con un requeté de Elizondo, Luis Herrería, al que llamábamos *El Buey*. Era un muchacho fornido con unas espaldas de armario

empotrado y unas manos cinceladas a través del arado y el golpeo a la pelota en su pueblo natal. El estallido de la guerra le había cogido en Pamplona por una serie de motivos no del todo azarosos. En primer lugar, había ido a disfrutar de los sanfermines de aquel año, cosa que solía hacer todos los años. Pero viendo el ambiente que había supo que allá se estaba cocinando algo gordo y se quedó. En la Plaza del Castillo, yo topé con él por accidente. Los dos fuimos a inscribirnos y el oficial encargado nos miró y, claro, la comparación era absolutamente odiosa. Yo con mi cuerpo fibroso, pero delgado, frente a la imponente apariencia de aquel tipo. Me sonrojé consciente de que estaba perdiendo aquella comparación. Sin embargo, él, muy ufano, me hizo una pregunta que en el momento me desconcertó.

—¿Tú cómo tienes los cojones?

Había perdido la comparación física pero no podía permitir que aquel tipo me intimidara. Sin duda, el ambiente festivamente enrabieta-do que me rodeaba hizo que le espetara una contestación que en otras circunstancias no hubiera hecho por un ejercicio de inteligencia práctica. Simplemente, me podía desmontar con la mitad de fuerza de sus brazos de roble.

—Los tengo en su sitio —respondí con una mirada de ira metálica. El armario empotrado que tenía delante arqueó su brazo y lo dirigió hasta a mí en un gesto que, aunque se notaba que era amistoso por su mirada jovial, casi me desarma.

—Joder, eso es lo que ganará esta guerra, los cojones de Navarra —el comentario fue recibido con alborozo por quienes presenciaban la escena.

Desde entonces habíamos sido inseparables, y eso que a mí ese episodio me había producido gran tristeza. Una cosa era partirse la cara en las calles de una ciudad porque creíamos en nuestra razón porque teníamos la verdad de nuestra parte. Otra muy distinta era pensar que eran los genitales, es decir, el mero arrojo, el que ganaba una guerra ¿Qué hacía alguien como yo que había creído, gracias a las horas de lectura acumuladas, en el valor del razonamiento y de la violencia metafísica que la verdad ejerce sobre el mundo pegando tiros por ahí? Poco a poco descubriría que ambos tipos de violencia eran absolutamente necesarios para la victoria.

El caso es que Luis tenía un tío segundo que vivía en Deva así que aprovechó el par de horas que teníamos de descanso para ir a visitarle. Me comprometí a acompañarle con la promesa de un buen trago de vino a cambio. En cuanto llegamos encontramos a su tío esperándonos.

—*Mutiko, mutiko!* —le gritó.

Cuando nos acercamos hasta él, se dieron un buen apretón de manos, el tío era digno ejemplar de la familia, probablemente un linaje bastardo de Hércules, pensé, y comenzaron a hablar en vascuence. Caminamos hasta un banco y allí el tío saco de un zurrón un trozo de queso de cabra y la prometida botella de vino. Luis debía haberle explicado que yo no hablaba en su lengua materna porque no me dirigió la palabra en todo el rato, aunque de vez en cuando me apuntaba con la cabeza y decía algo para regocijo de Luis.

—Dice que a ver si pensamos ganar la guerra con soldados como tú. Pero tranquilo, ya le he explicado donde tienes tú la fuerza —dijo mientras me guiñó un ojo y sonrió ampliamente.

Era un buen tipo aquel Luis. Decidí desconectar de la conversación que, por el tono, debía de versar sobre el estado de los distintos miembros comunes de la familia. Me sumergí gustoso en el paladeo de aquel vino que, no siendo nada del otro mundo, me estaba resultando celestial.

Cuando la cosa ya rondaba la segunda botella el volumen de la conversación se había elevado de manera significativa mientras que yo ses-teaba con la gorra roja sobre los ojos para evitar la luz. En eso estábamos cuando pasaron seis voluntarios falangistas de la quinta bandera de Falange que iba incrustada en nuestra primera brigada. Marchaban con sus camisas azules, sus pelos repeinados y un porte de distinción impropio de la guerra.

—¡Dejad de hablar así! ¡Aquí se habla en cristiano, cojones! Que a veces parece que estáis más con ellos que con España.

El tío segundo de Luis bajó la mirada. Probablemente aquella no era la primera vez que le ocurría esto y se estaba empezando a convertir en habitual. Sin embargo, las costumbres son las costumbres y el pobre hombre, de manera inconsciente, les lanzó un reto que aquellos tipos no iban a dejar estar.

—*Barkatu* —respondió.

—¿Qué has dicho? ¿Es que no me has entendido, viejo? Cuando todo esto acabé el que no hablé como tiene que hablar, o aprenderá o... Le enseñaremos —poéticamente golpeó tres veces en el mango de un cuchillo de mango azul con el yugo y las flechas, coronado con una inscripción en la que se leía: «Arriba España».

Yo ya me había desperezado y me había colocado al lado de Luis que con el cuerpo en tensión mostraba hasta el último de sus músculos. El espectáculo debía de ser ridículo por mi presencia supuestamente amenazadora. En ese preciso instante varias autoridades militares hicieron su aparición en la plaza dando un paseo. Ninguno de los allí presentes estábamos dispuesto a saborear los placeres de un castigo castrense, así que cada uno emprendió su camino mientras manteníamos nuestras espaldas en alto en forma de miradas desafiantes. Finalmente, dimos la espalda al grupo de falangistas que ya unos pasos antes había hecho lo propio. Cuando ya nos separaban unos veinte metros el que había llevado la voz cantante giró y alzando el brazo dibujando el saludo fascista gritó con una sonrisa de satisfacción dibujada en su rostro.

—¡Ey Camaradas! ¡Arriba España!

El resto respondió de la misma manera y se marcharon. Los militares ante aquel alborozo miraron hacia donde estábamos pendientes de nuestra reacción que se limitó a darnos nuevamente la vuelta y seguir nuestro camino. Varios de ellos asintieron con la cabeza en señal de aprobación. En ese mismo instante juré que pasara lo que pasara jamás nadie me obligaría a hacer aquel saludo que representaba para mí otra forma de negar el ser de España.

Tras hacer noche nos levantamos al alba y tras una breve caminata, la longitud de los paseos empezaba a convertirse en algo a todo punto relativo, tomamos posiciones de guardia. Nosotros nos dispusimos cerca de la Zaconeta. Estábamos emboscados en un punto elevado y boscoso desde donde era fácil divisar la llegada de embarcaciones por mar. Eso facilitaba una rápida respuesta, pero al mismo tiempo nos permitía controlar el camino de acceso en la playa por lo que teníamos dominio visual tanto sobre posibles maniobras marítimas como terrestres. Una vez instalados allí tocaba esperar. Una de las cosas que más abunda en una guerra es la espera. Fumábamos y jugábamos a las cartas mientras un par de nosotros se mantenía alerta por si algo trastocaba la tranquilidad reinante.

Quando llevábamos dos horas en aquella posición me entraron unas ganas terribles de aliviar mis necesidades más animales así que me alejé un poco del grupo para hacerlo con discreción. Cuando estaba en faena, oí unas voces que susurraban en torno a la vegetación colindante al camino de acceso a la playa. Rápidamente me agaché y traté de ser lo más invisible posible a esperas de comprobar si quien se acercaba era de los nuestros o, por el contrario, se trataba de tropas enemigas. De aquella vegetación susurrante, salió reptando un soldado con una camisa de cuadros rojos y negros con el fusil apuntando hacia delante y con la boina negra bien calada. Se situó en la mitad del camino oteando los metros siguientes del mismo para comprobar que no hubiera ninguna amenaza. Cuando hubo comprobado, evidentemente de manera errónea, que no había enemigos alrededor dio un silbido y se levantó del suelo. De la vegetación empezaron a salir gudarís. A cada uno que salía, yo iba contando con susurros: «uno, dos, tres... — quería llevar información detallada de a qué nos enfrentábamos— ...y quince». Esperé unos segundos por si algún rezagado hacía aparición, pero no fue así. Corrí hacia el puesto donde estaban el resto de mis compañeros y les informé con la voz entrecortada por la rápida carrera y la angustia intensa que había experimentado ante la posibilidad de ser descubierto y aniquilado.

—Son quince, van bien armados, pero no estarían en condiciones de resistir mucho tiempo si son cercados. Creo que se puede hacer fácilmente.

Nos apostamos en un paso del camino, a escasos 100 metros de la entrada de la playa, donde al menos siete de nosotros podíamos situarnos en puntos elevados, lo que multiplicaba nuestras posibilidades de éxito. Mientras tanto, enviamos a un enlace para que informara de que habíamos avistado una patrulla enemiga e íbamos a proceder a apresarlos. Una vez que cada uno hubo tomado posiciones, se trataba de nuevo de esperar. Esta vez sin tantas precauciones, aparecieron los quince gudarís en dos columnas de siete, lo que permitía la angostura del camino, con el tipo de la camisa de cuadro negros y rojos por delante. Claramente, habían bajado algo la guardia, aunque el silencio de su marcha denotaba que sabían que se adentraban en un territorio potencialmente hostil. Cuando la última fila rebasó la línea de nuestros dos hombres

más avanzados uno de nuestros hombres salió de la maleza y se situó en medio del camino.

—Buenos días. Dejad las armas y nadie resultará herido. Os garantizo que seréis conducidos hasta las autoridades militares sin daño alguno.

Los soldados se desplegaron dispuestos a defenderse; sin embargo, a un silbido nos dejamos ver perfectamente parapetados en nuestras posiciones elevadas al tiempo que dejábamos sonar el sonido del percutor armando nuestros fusiles. Los gudaris pronto comprendieron que su situación era desesperada. Es cierto, que nos superaban en número, pero su situación, rodeados por todos lados desde posiciones elevadas, era insostenible. El soldado de la camisa roja y negra se giró hacia el resto de sus compañeros y asintió. En ese momento, algunos dibujaron una expresión de pánico, mientras que otros respiraron aliviados. Todos lanzaron sus armas fuera de su alcance y levantaron los dos brazos en señal de rendición. Quise mirarlos uno a uno a la cara, pero una especie de pudor, que no supe identificar, me lo impidió.

Fuimos descendiendo de nuestras posiciones con los fusiles continuamente apuntando a aquellos hombres. Los prisioneros fueron conminados a sentarse en el suelo y nos dispusimos en un círculo a cinco metros de ellos esperando a que llegaran refuerzos. Al ver lo escaso de nuestras fuerzas, alguno lamentó no haber tenido el valor de haberse enfrentado a nosotros. Sin embargo, la cara del hombre que mandaba, el hombre de la camisa de cuadros negros y rojos, no se inmutó. Creí percibir en él las arrugas de responsabilidad que tiene en sus manos la vida de una decena de hombres y que siente esas vidas como parte de la suya. Parecía que la muerte de alguno de aquellos soldados hubiera supuesto que algo de sí mismo desaparecería con él. Esta intuición me hizo sentir una simpatía instantánea por aquel tipo. Me acerqué y le ofrecí un cigarro no por el fumar en sí, sino intentando mostrar que, bajo aquellas circunstancias, rendirse era tan honorable como inmolarsse por valor en un campo de batalla. No aceptó el cigarro, pero sí el gesto mientras me mantenía la mirada. Aquellos ojos eran los de un soldado, una persona valiente, pero no uno de aquellos aventureros e inconscientes al que la guerra les excitaba y que despreciaban la vida de los demás o la vida en general.

Aparecieron tropas de refuerzo que tomaron a los prisioneros mientras nosotros volvíamos a tomar posiciones de vigilancia. Con la excita-

ción de aquel episodio, los siguientes minutos estuvieron plagados por conversaciones en torno al mismo. Pero pronto la calma, las cartas y el tabaco, fumado con parsimonia, volvieron a ser los protagonistas de aquella espera hasta que regresamos al pueblo.

Pese a que me estaba extenuado y a que en el ambiente se respiraba que pronto volveríamos a movernos de aquel punto para iniciar de nuevo otra marcha, no podía dejar de pensar en la mirada de aquel hombre. Me angustiaba pensar que le hubiera pasado algo malo, algo peor que el haber sido apresado. En el momento de su rendición se les había hecho la promesa de que se respetaría la vida y el bienestar de sus hombres. Sin embargo, quienes habían transportado y quienes custodiaban a aquellos hombres no eran quienes habían hecho la promesa. Si alguien los había maltratado, o incluso asesinado, de camino, ¿acaso no habíamos, en parte, incumplido nuestra promesa? ¿Cómo se puede hacer una promesa de ese calado a un hombre si no se está en posición de cumplirla? ¿Acaso el formar parte de un mecanismo mostrenco como es un ejército libera a los hombres de su conciencia y responsabilidad? Esos escrúpulos de conciencia eran, para mí, lo más terrible de la guerra.

